

## SEIS REFLEXIONES para un tiempo de rumia<sup>8</sup>

*El pueblo que andaba a oscuras  
vio una luz intensa.  
Sobre los que vivían en tierra de sombras  
brilló una luz...  
Porque un niño nos ha nacido,  
un hijo se nos ha dado...*

Is 9,1. 5

### Tiempo de adviento

*El que me ama, será fiel a mi palabra,  
y mi Padre lo amará;  
vendremos a él, para estar con él.*

Jn 14,23

*Señor, vos lo sabes todo; vos sabes que te amo.  
Jesús le dijo: - “Cuida a mis ovejas”.*

Jn 21,17

Antes de partir para aquel lugar lejano, y hacia aquel tiempo indefinido, el esposo le había dicho con una voz que la partida hacía más espesa de contenido:

- Te encargo los chicos.

---

<sup>8</sup> *Cuadernos Monásticos* n. 70-71 (1984), pp. 295-303.

En esa frase ella había intuido todo el programa para ese tiempo de espera, que alimentaría el anhelo del retorno. Los intereses de su esposo ausente, serían para ella ahora sus propios intereses. En cada actitud suya de interés, de esfuerzo sufrido, o de alegría conquistada, sentiría estar cumpliendo la confianza que en ella había depositado el ser amado al partir. La presencia constante del ausente en regreso, sería para ella la motivación constante de cada una de sus acciones. La fuente viva de la fuerza para el actuar en las pequeñas verdades provisorias de cada día.

Muchas veces en su historia de compromiso y de amor había vivido la ausencia de su esposo. Y muchas veces había tenido que alimentar la espera, y había tenido la experiencia de la fidelidad del retorno. Pero nunca la ausencia había sido como ésta. Nunca lo había sentido tan lejos. Ni había sido tan larga la espera.

Poco a poco sus cartas se habían hecho menos frecuentes. Los amigos que venían trayendo noticias de él, eran raros y hablaban sólo de datos lejanos y como si fuera de oídas. Y fue entonces que muchas otras voces y comentarios comenzaron a llegarle cada vez con más insistencia. Se decía de él que ya no volvería. Que se había olvidado de sus promesas, y que había roto con su fidelidad. Le decían que la había olvidado. Que su corazón ya no estaba con ella. Que tenía sus intereses en otra parte.

Esa ausencia tan prolongada, ese silencio tan espeso ¿no eran acaso una prueba de que tal vez los comentarios tuvieran razón?

Y entonces la fidelidad comenzó a hacerse difícil. Cada esfuerzo por lo suyo, se convertía en dolorosa duda, ¿sería que realmente todavía Él sentiría esas cosas como tuyas? Esos esfuerzos exigían una fidelidad más profunda. ¿Pero justamente, no era esa fuerza de fidelidad lo que empezaba a flaquearle?

Fue entonces que los demás comenzaron a notar en ella una actitud nueva. O al menos, que ellos sintieron como nueva. Por las noches la

comenzaron a ver que se encerraba en la intimidad de su alcoba, y que allí en el silencio de la noche su lámpara permanecía encendida. Muchos pensaron que se encerraba para llorar; para desahogarse sin que nadie la viera. Para vivir en lo secreto la amargura que su orgullo no le dejaba reconocer ante los demás. Para reconocer en lo secreto lo que todos creían saber, y que sólo ella parecía querer ignorar. Para confesarse a sí misma sin testigos, que tampoco ella ya creía en el retorno del que amaba.

Y sin embargo había un detalle misterioso en esta actitud. Y era que ella salía de esas largas rumias de intimidad, más animosa. Salía de esas noches con una alegría serena, y una fuerza nueva que le permitía una profunda fidelidad a las exigencias de cada detalle de su vida de espera y de dedicación a los intereses de Él. Volvía a encender en cada hijo el cariño por el Padre ausente, y a alimentar en todos la vigilante espera por su próximo retorno.

Lo que nadie sabía, tal vez, era que, en esa intimidad de alcoba, había un tesoro que sólo ella conocía. Porque esta mujer tenía un corazón profundamente femenino. Un corazón con capacidad de conservar todo lo que había recibido de vida. Y allí en el silencio de sus noches de espera solitaria, volvía a releer y meditar aquellas antiguas cartas de amor que había recibido de Él. Cartas que en tiempos ya maduros habían alimentado sus esperas, siempre cumplidas. Cartas que le hablaban de ausencias vividas y de reencuentros profundos gracias al crecimiento mutuo de la ausencia.

Allí volvía a encontrarse con el corazón de Él, volvía a sentirlo latir. Lo reconocía, y no podía negarle de nuevo su sí. Cierto que esos retornos habían sido retornos provisorios, y que siempre habían exigido nuevas partidas. Pero en esa vieja historia de amor y fidelidad, había crecido un conocimiento del corazón de Él. En la lectura de esas

cartas, y en la rumia de esos acontecimientos, ella volvía a reencontrar todo el sentido de su espera, y la fuerza para vivir su Adviento.

Como monje, pienso que para mí el adviento tiene dos exigencias profundas:

- Una porfiada dedicación a la rumia de la Palabra de Dios en las Escrituras. Sobre todo, allí donde los profetas y los salmos me hablan de ausencia, de retornar y de fidelidad.
- Una profunda y fiel dedicación a los intereses de Dios, especialmente manifestado en mi preocupación por los hombres, sus hijos, y por todo lo que ellos necesitan, recordándoles siempre su próximo retorno y alimentándoles el cuerpo y el alma con cariño.

## **Bailecito de navidad**

Porque fuiste pobre  
te ha mirado Dios;  
y en tus ojos mansos  
anidó su amor.

Entre las mujeres  
Él te prefirió;  
por eso su hijo  
en ti se encarnó.

Preñada de historia  
vas rumbo a Belén;  
nosotros tus hijos  
nos vamos también.  
Tralaralarailá  
tralarailailá;  
nosotros tus hijos  
nos vamos también.

Por ser de los pobres  
nadie te alojó;  
y en una tapera  
tu hijito nació.

Andando los años  
tu hijo Jesús  
te tuvo a su lado  
al pie de la cruz.

## La noche buena

*No tengan miedo, porque les anuncio una gran alegría  
para ustedes y para todo el pueblo.*

Lc 2,10

Era bravo enfrentarse con la noche, solos y campo afuera. Porque la noche es mala. Nos quita las seguridades de afuera, y nos deja indefensos frente a los miedos de adentro.

Los pastores tenían que enfrentarla por oficio. Por eso habían puesto en común sus miedos, y habían tratado que la noche fuera menos mala, enfrentándola juntos. Ellos no habían elegido la noche. La noche era una realidad mala que tenían que soportar por amor a sus rebaños, y por ser, por oficio, hombres centinelas de las vidas indefensas de sus ovejas.

Tampoco María y José habían elegido la noche. Ellos habrían preferido la compañía de los hombres. Pero los hombres decidieron que no había lugar para ellos en la posada. Y contra su voluntad tuvieron que adentrarse solos y en la noche. Sabían que les esperaba afuera en el campo, una noche mala. Noche de pobreza. Noche de frío. Noche más dura todavía por la falta de amor de los demás hombres expresada en el rechazo del albergue que habían pedido.

Y sin embargo, Alguien había elegido libremente la noche. Nadie se la imponía: ya que por oficio vivía en la luz, y gozaba del amor en su Reino. Venía desde allá, desde donde alumbran las estrellas. Y como las estrellas, necesitaba de la noche para poder ser comprendido y aceptado. No es que necesitara de la noche para brillar. Las estrellas brillan también de día. Pero la abundancia de luz en el día, amputa en los ojos de los hombres, la capacidad de ver las estrellas. Es la noche, la noche mala que roba junto con la luz todo lo inmediato, la que capacita nuestros ojos para ver las estrellas.

Es esa estrella, inmensa y ardiente, pero que llega hasta nosotros pequeña y tibia a través de nuestros ojos dilatados por la noche, la que nos dice que no estamos solos. La que nos habla de otros mundos tan reales como el nuestro. La que nos muestra una luz que nos sirve de guía para ponernos en marcha en el corazón de la noche.

El Hijo de Dios, fulgor de la luz eterna, engendrador de estrellas, llegó así al corazón de la noche mala, pequeño y tibio y fue visto por un grupito de hombres con miedo y pupilas dilatadas.

Y cuando la noche mala se preña con una estrella, se convierte en noche buena. Realidad aparentemente pequeña y quizá indefensa e inútil, pero que nos pone en camino en la alegría de una pequeña intuición. Pequeña intuición que, seguida con la fidelidad de los pobres, con la fidelidad de María, es capaz de conducirnos hacia la madrugada en que la noche será vencida por el día.

Como monje, pienso que para mí la Navidad tiene profundamente dos exigencias.

- Ser un hombre que acepta internarse en la noche, campo afuera, velando por oficio la vida indefensa de las ovejas, y dilatando las pupilas hacia la capacidad de ver las estrellas.

- Ser capaz de descubrir la inmensidad de la estrella que llega hasta mí pequeña y tibia, para ponerme en camino hacia la madrugada.

Éste es un mensaje de alegría para mí, y para todo el pueblo.

## Los reyes magos

*Hemos visto su estrella en el naciente,  
y hemos venido para adorarlo.*

Mt 2,2

Era un grupo de hombres con capacidad de soñar. Con capacidad de mirar las estrellas y largarse a andar. Hombres rastreadores de signos, con capacidad de reconocer a Dios en lo pequeño.

Se necesitaba tener bien ubicadas las estrellas para tener la capacidad de reconocer en ese nuevo brillo un signo distinto: un llamado. Lo que permitió a esos soñadores reconocer en esa estrella nueva la capacidad de ser guía, fue el conocer la finalidad y el movimiento de todas las demás estrellas que poblaban su cielo. Para poder descubrir esa noche la estrella signo: ¡cuántas noches habían pasado en la fidelidad a las estrellas ordinarias!

Además, eran hombres con esperanza. Habían intuido que, algo estaba por suceder: que estaba por nacer un Gran Rey. Por eso frente a ese brillo distinto y nuevo, interpretan su mensaje y se largan a andar.

Mientras van por el desierto, bajo un cielo de estrellas conocidas, siguen el rumbo de su estrella siempre hacia el oeste. Es entre los hombres, que se desorientan. Es porque pensaron que el Gran Rey tenía que nacer en la Gran ciudad de los hombres, por lo que estos hombres dejaron de fiarse en su estrella, y entraron en la ciudad. Allí, el brillo de las luces de la ciudad de los hombres les eclipsó el brillo de

las estrellas y perdieron su estrella guía. Tal vez pensaron que ya habían llegado, o que ya no la necesitaban más.

Pero tuvieron que darse cuenta de que en la ciudad de los hombres, nadie se había enterado del nacimiento del Gran Rey, ni tampoco había reparado en su estrella guía. Porque en la ciudad de los hombres, los hombres estaban demasiado ocupados en cosas importantes como para perder el tiempo con las estrellas, fueran éstas viejas o nuevas.

Pero estos reyes magos eran leales en su búsqueda. Es cierto que los hombres (los políticos, los jefes religiosos, los estudiosos de la verdad), no sabían que había nacido el Gran Rey. Pero estos sabios del naciente sabían también que todos los hombres tienen elementos que los podrían orientar a ellos en su búsqueda. Esos elementos indicaban a Belén, la pequeña, entre las ciudades de mi pueblo, como la dirección. Los hombres no les entregaban una solución cómoda, pero volvían a ponerlos en camino a nuestros reyes magos. Y eso es todo lo que pueden hacer los hombres, frente a otros hombres que buscan a Dios: ponerlos en camino:

Vayan, averigüen exactamente todo;  
y después vengan y cuéntenos  
para que también nosotros vayamos.

Y los reyes magos, soñadores y estrelleros, vuelven a montar sus camellos arenosos detrás de una esperanza. A poco andar recuperan su estrella, y con ella la alegría. Y también su capacidad de reconocer a Dios en lo pequeño, y de adorarlo.

Avisados en sueños, regresaron a su tierra por otro camino. Ese regreso a su querencia, a su tierra, sólo fue posible en ese camino nuevo, por su conocimiento de las estrellas. De esas estrellas viejas, esas que ellos conocían de sus noches de desierto. Esas estrellas que tal vez no

podían conducir a Cristo, porque Cristo es una realidad nueva, distinta de la vieja dirección de las estrellas. Pero que en cambio permiten a los hombres que se han encontrado con Cristo, regresar a su tierra por un camino nuevo, con la alegría ocupando el lugar del oro, el incienso y la mirra dejados allá.

## **Presentación en el templo**

*Evangelio de san Lucas cap. 2 versículos 22 hasta 35*

### *La Virgen y la rumia*

María guardaba muchas de estas cosas en su corazón. Tal vez no todas las cosas que había vivido con Jesús. Pero sí esos acontecimientos pequeños, que tenían un no sé qué de misterio, y que se aquerenciaron en su corazón.

La vida nos va haciendo entregar lo que vivimos, igual que a los árboles el otoño le hace entregar sus hojas ya vividas. Pero entre esas hojas, a veces suele caer también un carozo. Carozo que puede parecerse tanto a lo demás que cae del árbol, como ya vivido. Y sin embargo esos carozos viven. Los otoños los van tapando de hojas caídas, pero la fidelidad de la tierra los guarda, y un día revienta la vida que llevan en ellos. Y esa vida pequeña empieza a nuclear a su alrededor, toda esa otra vida muerta, y todo lo que fueron hojas muertas. Dicen que así nacen los nuevos árboles. Y es así que en cada carozo que empieza a brotar, adquieren sentido todos los aparentes fracasos de las hojas muertas.

También María tuvo que ir viviendo su historia trenzada de acontecimientos provisorios, aparentemente dejados atrás. Pero tenía un corazón fértil. Un corazón con capacidad de guardar los carozos con vida, los acontecimientos con misterio. Y esos recuerdos se fueron

agrandando en su corazón y llegaron a florecer en respuestas plenas, para sí misma y para la Iglesia.

Y cuando los entregó a la Iglesia, no los entregó como carozos, duros y agrios, sino como árboles con sombra y fruta. Igual que las vaquitas que en la madrugada no nos entregan el pasto comido en el atardecer, sino el vaso de leche, que es ese pasto rumiado, y que ha llegado a nosotros a través de su sangre enriquecida por la rumia de la noche.

Y no fueron grandes acontecimientos los que la Virgen guardó en su corazón. Los carozos en general son pequeños, en general, el residuo de la fruta comida. María guardó en su corazón lo que en la Nochebuena dijeron unos pobres pastores asombrados. Lo que no logró entender en el templo cuando su chico Jesús le contestó que a Él no había por qué buscarlo, porque tenía que estar en las cosas de su Padre. Y los guardó y los rumió, justamente porque no los logró entender.

A nosotros los hombres nos parece importante lo que logramos entender. O nos parece que entendemos lo que es realmente importante. Y entonces esos acontecimientos son como esas frutas que una vez comidas las asimilamos y dejan de existir. Pero la realidad es que en general los acontecimientos importantes los entendemos sólo con el tiempo y con la rumia, si es que hay fidelidad para guardarlos, calor para despertarlos y fertilidad para alimentarlos. Así como la semilla y los carozos necesitan de la tierra, los acontecimientos que son misterios de Dios, necesitan de esa geografía femenina, de ese punto virgen que hay en nuestro corazón humano.

Todo árbol ingresa al bosque, a través de la tierra. Todo hombre llega hasta su pueblo, a través de una mujer. La palabra viva de Dios se incorporó a nuestra historia a través de la fidelidad de una Virgen. Desde el árbol, hasta el Hijo de Dios necesitan de lo fiel y de lo fértil para adquirir su plenitud.

María guardaba los pequeños acontecimientos ricos en misterio, y los meditaba en su corazón. María, Virgen Fiel, y Madre fecunda.

### *Un viejo con esperanza*

Vivía entonces en Jerusalén un viejo. Se llamaba SIMEÓN. Era justo, piadoso, y esperaba el consuelo de su pueblo. Esperaba al Mesías, el Liberador que tenía que venir a sacar a su pueblo de la triste situación en que se encontraba. Un liberador que daría finalmente sentido a todas las penas y sufrimientos vividos desde tiempo atrás.

No fue que llegado a viejo, le hubiera nacido la esperanza. Ella lo había acompañado toda su vida. Arañando ya los ochenta, había vivido en ellos muchos momentos intensos de la vida de su pueblo, compartiendo penas y entusiasmos, arriando siempre por esa esperanza vieja de su pueblo.

Y los años que había venido siguiendo esa esperanza vieja, le habían permitido rumiar algunos carozos fundamentales. Tal vez, sólo un puñadito de verdades. Realidades simples, pero que las había encontrado en cada acontecer que estaba realmente ligado a la vieja esperanza de su pueblo. Tal vez en alguna ocasión, cuando joven, también él se había ilusionado con alguno de esos acontecimientos que habían exaltado a todo su pueblo. Alguno de esos grandes acontecimientos que de repente habían puesto a casi todos de acuerdo detrás de un jefe o de una idea que parecía la solución definitiva, el inicio de la realización de la esperanza.

¿Y luego?... luego había venido la constatación de que allí no había pasado nada. Todo se había diluido, y cada uno había regresado “a su carpa” (como se decía entonces en Israel). El acuerdo se había hecho recuerdo, y el recuerdo había pasado al olvido para todos. Para él, tal

vez quedado en la huella, se había hecho rumia. Y quizá, como no tenía de dónde prenderse, siguió tras la esperanza.

Quizá más de una vez había tenido la amarga experiencia de que la vieja esperanza de su pueblo no se había visto realizada por esos acontecimientos e ideas que ponen a todos de acuerdo. Decididamente no. Al contrario. Había tenido que constatar que el mensaje profundo que engendra la esperanza, es una realidad entradora. Una realidad que se mete entre las cosas, y que divide los intereses y las opiniones. En general una realidad pequeña y pobre, pero que al ir creciendo va poniendo todas las cosas en crisis, y obligando a los hombres a tomar posición a favor o en contra. Una realidad que viene a meterse en el corazón de cada uno y a exigirle, allí en lo profundo, una opción. Una aceptación o un rechazo.

El viejo había visto que ese mensaje profundo de liberación, consuelo de su pueblo, se parecía a una espada que lo primero que dividía era el corazón de cada uno. Que allí estaba el campo más importante donde se decidía si prendía o no en la historia de los hombres. Una realidad que al meterse en el corazón del hombre, lo obligaba a manifestar sus pensamientos, esos pensamientos que a veces están ocultos hasta para nosotros mismos.

El viejo había llegado a comprender como algo fundamental en su vida, que la esperanza de su pueblo podía ser para cada uno, causa de salvación, tanto como ocasión de perderse. Que en realidad el consuelo de Israel llegaría a ser un signo de contradicción. Algo discutido por su pueblo. Algo que algunos aceptarían hasta jugarse enteros por ella, y otros combatirían por considerarla incluso algo que se oponía a Dios mismo. Signo de contradicción, causa de caída y elevación para muchos en Israel.

Además, el viejo había descubierto otra cosa. Que el corazón que acepta esa realidad, se compromete con el dolor. El primer atravesado por la espada del dolor que divide y obliga a optar, es el corazón de aquel que dice: SÍ, al actuar de Dios en su pueblo.

## *La Virgen y el Mensaje*

El Espíritu Santo estaba en él, y ese Espíritu le había dado la seguridad de que no había de morir sin antes haber visto y acunado entre sus brazos la Semilla de la Salvación que Dios tenía destinada para su pueblo.

Y ese día el Espíritu Santo lo llevó al Templo. ¡Cuántas veces el viejo Simeón habrá sentido palpar entre sus manos curtidas por el tiempo, la vida nueva de los niños ofrecidos a Dios! Esos niños que las jóvenes mamás traían al Templo para ofrecerlos a Dios como primicia de la vida aceptada y crecida en ellas.

Pero al tomar a Jesús en sus manos esa mañana, sintió que el Espíritu le decía que allí había algo nuevo. Que allí finalmente estaba la semilla que justificaba toda su larga espera en la fidelidad. Y sintió en lo más profundo de su alma la necesidad de alabar a Dios. De decirle que ahora su vida tenía sentido. Y que por ello tenía sentido también su muerte. Que podía nomás entregar su viejo cuerpo al rastrojo fértil que estaba destinado a ser tierra para aquello que nacía. Porque sus ojos habían visto la LUZ que Dios había encendido para iluminar a los paganos. Esa luz que era la gloria de su pueblo.

Después el viejo, levantó los ojos que tenía puestos sobre el niño. Y sus ojos se toparon con los ojazos grandes y claros de esa muchacha, mezcla nueva de virgen y madre. Con los ojos de María la Virgen, que había escuchado con asombro todo eso que el viejo había dicho sobre su niño. El viejo sintió que en esos ojos también latía una profunda esperanza. Una confiada esperanza de madre joven llena de ilusiones, sin las arrugas que son las cicatrices de la experiencia. Pero notó que por esos ojazos grandes y limpios se entraba hasta un alma con capacidad de recibir, de guardar y de llevar hacia la rumia las palabras cargadas de vida. El viejo notó en esos ojos, que María la Virgen era tierra fértil.

Y fue tal vez por eso que el viejo se animó a entregarle el gran secreto de su vida; la gran verdad que había madurado en su larga huella tras la esperanza de su pueblo:

Y le dijo a María:

Este niño será causa de caída y resurrección para muchos en nuestro pueblo. Será un signo de crisis, de opción. Y a vos misma una espada te atravesará el corazón. Así se sabrá lo que cada uno lleva en su corazón.

María probablemente no entendió gran cosa de lo que Simeón le dijo. No entendió, pero atendió. Y guardó esas palabras para la rumia. Como la tierra guarda el carozo, hasta que el clima de afuera, y la fertilidad de adentro se lo vayan revelando.

Andando los años, María vio a su hijo aclamado por las multitudes, que parecían haberse puesto todas de acuerdo para reconocerlo como rey. Pero pronto se dio cuenta de que su hijo se convertía en signo de contradicción. Que ya muchos no lo aceptaban porque pretendía llevar su mensaje más allá de lo que los hombres sienten como útil; más adentro, hacia lo exigente. Supo que muchos consideraban duras sus palabras y que ya no andaban con él. Que otros comenzaban a buscar su muerte, o lo tomaban por loco. Fue entonces cuando constató que las palabras del viejo comenzaban a largar las dos hojitas por entre las hendijas del carozo reventado. Y sintió como muy real la espada del dolor. Que a su alrededor la palabra de Jesús no era una realidad unificadora, sino una realidad que suscitaba la crisis y la opción.

Al pie de la cruz, floreció aquella semilla sembrada aquella mañana en el templo. El calor de Pentecostés la maduró en fruto. Y María pudo entregar a la Iglesia que nacía, ese profundo mensaje que ella misma había recibido siendo joven. Mensaje que había sabido guardar como tierra fértil.

Porque María, la Virgen, como la tierra era FIEL.

Mamerto Menapace, osb